

chel, los Arnolds Greban, autores de esas *divinas tragedias*, y para sus intérpretes los del pueblo de París, que por el brillante éxito se vieron precisados á trasladar su teatro desde la aldea de San Mauro á la puerta San Dionisio. Boileau pudo burlarse de ellos ¹ por no haberlos comprendido, pero nuestra época les hace justicia.

«En vez, dice Villemain, de esa curiosidad medio indiferente que en nuestro siglo lleva al teatro espectadores distraídos por mil atenciones, suponed un público atento, ardiente, piadosamente conmovido por el asunto independientemente de las invenciones del poeta; poned á esos hombres en presencia de los más grandes recuerdos que formaron sus creencias; tened, sobre todo, un poeta

...cui mens divinior atque os
Magna sonaturum...;

hacedle recitar, describir, dialogar ese drama sublimé y por sí mismo hecho de la Pasión; que os ponga delante la persecución y los dolores del Hijo de Dios, la traición del falso discípulo, las vacilaciones de Pilatos, ese juez que se lava las manos del crimen que deja cometer, esos sacerdotes y ese pueblo extraviado que toman á su cargo el crimen que se les deja y lo llevan á cabo; todas las tristezas de la Pasión, la negación de San Pedro, los dolores de la Madre al pie de la cruz... ¿Podiera existir jamás una tragedia más conmovedora? »

Añadid á estos elementos de vuestro éxito la hermosura del decorado ² y, lo que vale más, el soplo poético con que se animaba una lengua joven y adorablemente candorosa, y veréis cuán injusto fué Boileau con los autores y los actores de los *Misterios de la Pasión*.

El siglo xvi cambió los gustos y hábitos literarios; de Italia donde Maquiavelo llevaba el naturalismo al teatro, y de España donde el Romancero hacia la ley ³: nos vino á Francia un género

1 Los Cofrades de la Pasión tenían sus tablados antes de las letras patentes de Carlos VI, dadas en 1402 en San Mauro, cerca de Vincennes. Se instalaron en seguida en el Hospital de la Trinidad, en las afueras de la Puerta de San Dionisio, donde permanecieron hasta mediados del siglo xvi.

2 *Art poétique*, III.

3 VILLEMMAIN: *Tableau de la littérature*, etc.

4 Se empleaba toda la suntuosidad, y lo hacían todo lo pintoresco y todo lo exacto que era posible; á juzgar por las descripciones contemporáneas, resultaba muy bien.

5 Es lástima que el sabio autor hable en esos términos ligeros y un tanto desdenosos de nuestra incomparable literatura de los siglos xvi y xvii, cuando con eso mismo dejó entender que la desconoce por completo, por lo menos en lo tocante á las representaciones escénico-religiosas. ¿Será posible que no haya oído nombrar siquiera los autos sacramentales de Calderón de la Barca? Con uno que hubiese leído, se abstendría de escribir así, y admiraría, no solamente los altos vuelos de nuestros poetas y sus composiciones religiosas hechas para las tablas, sino tam-

nuevo cuya gloria fueron Corneille y Racine Regnard y Molière. El espíritu cristiano pudo gloriarse de Polyuto, de Esther y de Athalia con más razón que de los ensayos de Michel ó de Greban: pero ¿no será permitido sentir, á lo menos por el pueblo, la ruina del antiguo drama, tan propio para instruirle y edificarle al mismo tiempo que le divertía? En nuestras provincias no hace todavía mucho tiempo que encontraba gran favor el *Misterio de la Natividad*, y uno de los más dulces recuerdos de nuestra infancia es la representación de *La Pasión* por artistas nómadás, á la entrada de nuestro pueblo natal, bajo el estrellado cielo de una noche de verano. Al observar el apresuramiento de la gente se podía creer en el éxito siempre seguro de estos piadosos espectáculos, y ¿quién podría decir si no se obtendría aún en nuestros días, en ese mismo París escéptico y estragado? La tentativa pudiera parecer aventurada, pero no es solamente en los campos de batalla, y en los salones de la Bolsa donde la fortuna sonríe á los atrevidos.

La Alemania católica ha comenzado con buen resultado esa reacción, como lo prueba el agolparse los espectadores á las puertas del teatro de Oberammergau, en que volvía á yerse el *Misterio* ó la *Representación de La Pasión* con sus caracteres tradicionales. Es interesante la historia de este pueblo consagrado á la representación escénica de los padecimientos de Jesucristo, y el lector no llevará á mal que se la contemos brevemente.

En 1632 la peste asolaba la Baviera y la pequeña parroquia de Ammergau fué cruelmente probada. En ocho días murieron ochenta y cuatro personas. Llenos de justo espanto los habitantes, hicieron voto de representar cada diez años la Pasión del Salvador, si se dignaba alejar de ellos el azote que los diezaba. Su oración fué escuchada; la peste cesó como por encanto, y dos años después, fieles á su promesa, los rústicos actores levantaron su teatro en el cementerio al lado de la Iglesia parroquial.

Sin embargo, el texto del misterio no quedó fijado hasta treinta y dos años después, por el trabajo del prior de la Abadía de Ettal. En el siglo siguiente, el P. Roser creyó conveniente cambiar este texto, aunque tomado del Evangelio y de los Padres con gran conocimiento del asunto y del público. Esta reforma debía á su vez ser reformada á principios de nuestro siglo por el P. Ottmar Weiss, que puso por título á su obra: *Jesús Mesías ó La Redención de los hombres, drama religioso dividido en*

bién la cultura de nuestro pueblo, que estaba en disposición de saborear con encanto la belleza literaria, la profundidad filosófica y la sólida Teología de los autos sacramentales, mercediendo que se le haya calificado de *el pueblo más teólogo del mundo*. (Nota del traductor.)

1 *Passionspiel*.—Esta es la antigua fórmula: en el primitivo francés se decía *li jus*, el juego.

cuatro partes, con cuadros alegóricos sacados del Antiguo Testamento. Finalmente, en nuestros días el *Consejero Real eclesiástico* Luis Deisenberger, se ha puesto á hacer una transformación poética (*Poetischer Umarbeitung*) del texto precedente, y en esta última forma es como se aplaude actualmente en Oberammergau¹.

No tenemos nosotros competencia para juzgar estas transformaciones, algunas de las cuales fueron afortunadas y han subsistido; pero nos parece ver en el *libretto* dos partes de diferente valor, y que la primera es muy superior á la segunda. La creemos trabajada más á conciencia, mientras la segunda deja ver defectos marcados, según dicen, en la escena por el cansancio de los actores y la prisa de acabar. El conjunto queda excelente, y como que traslada al lector á los tiempos de los *Cofrades de la Pasión*; verdaderamente se goza en leer esas páginas impregnadas de amor al Crucificado, y se engendra el deseo de asistir á su representación.

Los que realizan ese deseo lo tienen á dicha. Los más exigentes se declaran satisfechos, y con más motivo los que con sencillez vienen á regocijar sus ojos y su corazón con esos cuadros que, según parece, hacen efecto hasta en los espíritus ligeros ó prevenidos². Ya se comprende que aquí no se trata de la perfección, entendida como se entiende en los teatros, con sus recursos de todo género; y sin embargo hay mucho bueno que decir sobre la manera como se presentan los trajes y el decorado, según lo que se debe atender á esto por la dignidad de un espectáculo como este. Pero lo que deja muy atrás á nuestros artistas y directores es la preparación de todos los papeles, principales y secundarios, desde el de Cristo hasta el del judío perdido entre la turba.

Toda esta gente está habituada desde larga fecha á pensar, hablar y moverse en conformidad al tipo que le toca reproducir, no solamente por un estudio serio del carácter, de la fisonomía, de los modales de su personaje, sino por una preocupación constante y progresiva del honor que se ha de dar al divino protagonista, el Hombre-Dios, que es el centro de esta agitación y estos homenajes. Pues allí se trata de hacer un acto de fe, de cumplir un voto, de pagar una deuda á Dios, lo cual supone mucho más que la atención, la inteligencia y el amor propio. Se estudia y se ensaya como se ora, sobre todo cuando se tiene la suerte de representar algún ángel ó algún Apóstol, y ¡cuánto más si se ha de llevar el peso abrumador de la tristeza de María ó el de los dolores del Mártir divino!

1. El texto se publicó en París en lengua francesa, librería de Lethielleux. La traducción se debe al trabajo de Mme. E. Paris.

2. Véanse en la introducción del trabajo de Mme. Paris los testimonios de Devrient, del doctor Holland, de Brunner, etc.

Y esto dura años. De modo que el actor se vuelve otro hombre, y produce la impresión de otra humanidad cuando se presenta en la escena arrastrando consigo al espectador á las regiones donde él se ha acostumbrado á vivir. Se podrá discutir la manera como él ha comprendido su papel, pero no es posible substraerse de una emoción muy diferente de la que producen nuestros comediantes, y muy superior también porque tiene causas más altas. Por lo demás, los defectos personales se pierden en la corrección del conjunto, que es de donde procede principalmente la impresión que se experimenta. El que asiste á la representación, da por bien empleadas las fatigas y molestias del viaje á Oberammergau, según cuentan los que han ido.

Las representaciones de 1880 tuvieron gran resonancia entre nosotros: las de 1890 las han aventajado con mucho. Esta es una respuesta perentoria á las declamaciones de los llamados filósofos que habían pedido la supresión en nombre del progreso y de la civilización, lo mismo en el siglo xviii que en los primeros años del nuestro. Han conseguido destruir esta piadosa costumbre en toda la Baviera, se pusieron todos los obstáculos posibles en Oberammergau, aunque sin suprimirla por completo. A fuerza de diligencias los comisionados del Ayuntamiento lograron sacar un privilegio, hoy justificado por la entusiasta afeción de los pueblos de la Saboya, Baviera y los turistas de la Europa entera. La civilización no ha perdido nada con la restauración del *Misterio*, y el progreso se ha afirmado con las mejoras de toda clase que han traído «la tragedia aldeana» á su actual perfección.

No tardó el Tirol en reanudar la tradición interrumpida en Austria por las mismas causas que la habían roto en Baviera. Los campesinos de Brixlegg, aldea próxima á Innsbruck, levantaron también su teatro y convidaron á sus comarcas á un *Passionspiel*, menos brillante que el de los Bávares, pero muy del gusto de los compatriotas de Andrés Hofer. Es, pues, un renacimiento del arte dramático cristiano en los países de lengua alemana: saludémoslo sin celos, deseando que sea la señal de un despertar semejante entre nosotros. Hace muy poco hemos visto á artistas de talento ensayar *Pastorelas*¹ que fueron muy favorablemente acogidas. ¿Por qué no habían de ensanchar el círculo, y dar al público un verdadero *Misterio de la Pasión*? A quien presentara una obra hecha á conciencia, el público tenemos por seguro que no le escaseará los aplausos.

1. *La Marcha de la Estrella. La Noche Buena ó El Misterio de la Natividad.*

Apéndice L

RAZÓN DEL MÉTODO SEGUIDO EN ESTE ESTUDIO.

Como el lector lo pudo ver en nuestra Introducción, le hemos presentado un *estudio histórico* de la Pasión. Nuestro propósito era colocar el relato de los últimos días de Jesucristo en la línea de los que la historia admite como plenamente autorizados.

Ya que la crítica moderna ataca, uno tras otro, los artículos del Símbolo, á nombre de los descubrimientos históricos, parecémos que ha de aprovechar á los fieles y á los incrédulos el que se les presente un cuadro tan exacto del Calvario, cuanto lo permiten los conocimientos universalmente aceptados. Los fieles deben encontrar en él una confirmación de sus creencias; los otros tal vez encuentren algo de la luz que les hace falta.

Pero entonces era menester tratar á Nuestro Señor como hombre y aplicarle las reglas ordinarias del estudio y la exposición, conservando, sin embargo, el respeto debido á su carácter divino; que el no tenerlo en cuenta con razón se nos hubiera vituperado. Los adversarios mismos no habrían comprendido esta especie de traición; con mayor motivo se habrían escandalizado los fieles. Bastábanos con dar todo su relieve á la humanidad del Hijo de Dios sufriendo y muriendo por nosotros: con eso conseguimos nosotros nuestro fin primario, que era establecerlo sólidamente en la historia, y este otro fin, al que fácilmente vendría á parar el lector atento: hacer brillar su Divinidad.

Para llegar ahí hemos seguido el método proclamado por todos los que en nuestros tiempos se ocupan en la historia, y más especialmente en monografía, y que consiste en reconstituir con la posible exactitud la fisonomía de los personajes, de sus tiempos y de su situación. Aplaudido en todas partes este método, merced á los resultados que ha producido, ha sido, sin embargo, censurado por ciertos críticos cuando se ha aplicado á la persona de Jesucristo. ¿Y por qué? Es bastante difícil y no menos delicado el decirlo. Lo mejor es responder á esas recriminaciones sin mirar á sus autores, y justificar en general ese método que les desagrada.

Del autor de una *Vida de Jesús*, bastante reciente, vamos á tomar unas consideraciones, que no dudamos la apreciará el lector como corresponde.

«Nosotros tenemos la culpa, hijos y sacerdotes de la Iglesia, de no aplastar en nombre de la ciencia á esos sabiondos vocingleros¹, y para eso acaso se habrían de modificar los programas de nuestros estudios eclesiásticos, como se modifica en ciertas

1. Ó librepensadores que se cubren con apariencias científicas.

ocasiones la táctica militar de los ejércitos. Sobre todo debería hacerse brillar la figura divina de Aquel que, como el sol, para imponerse, no necesita más que presentarse en el momento en que un viento oportuno disipa las nubes. Hacer conocer á Jesucristo, eso es lo esencial, el todo de nuestra misión.

«Es menester que en nuestros Seminarios se enseñe á analizar la vida, la enseñanza, la persona del Maestro, con una perfección de detalles que no deje lagunas...

«Es menester hacerle revivir con nuestra pluma, para que toda alma de buena fe le encuentre cuando le busca. ¡Cosa extraña! Hemos escrito, particularmente de medio siglo acá, la vida de tantos Santos, y aun de tantos hombres que no lo eran, y la vida de Jesucristo no la hemos compuesto. No basta decir que le tenemos en el fondo de nuestras almas, seguramente es ese el más dulce consuelo de los fieles; es menester además, en un siglo en que la ciencia histórica reina como soberana, precisamente porque es hombre verdadero lo mismo que verdadero Dios, es menester colocarle en un cuadro que le haga la ciencia, que ella puede defenderlo é imponerlo¹.

«La historia y los nuevos descubrimientos geográficos, de tal manera nos aproximan el Salvador, que después de haber reconstituido exactamente el doble conjunto de circunstancias sociales y topográficas en que vivió, nos parece que le tenemos delante de los ojos.... Hoy día, merced á los estudios hechos en Josepho, Filon y los Rabinos, conocemos á fondo las costumbres de los Judíos, sus prácticas religiosas, sus preocupaciones nacionales, en una palabra, su vida moral igual que su historia política. Como los Romanos se encontraron mezclados con ellos, más de un autor profano aporta, á su vez, un precioso contingente de aclaraciones é indicaciones. Así es como se ve claramente con qué hombres vivió Jesús, qué acontecimientos políticos presenció y el género de vida privada que debió de llevar. Ocupa su lugar muy naturalmente en un cuadro social en que su figura pierde esa vaguedad, ese aspecto vaporoso, que parecía alejarle de nosotros y hacer de él un ser impalpable y como fuera de nuestra humanidad².

Que este ser «fuera de nuestra humanidad», obra poderosamente en el bien de las almas, es incontestable; pero no es menos cierto que aproximarnos el Hombre-Dios, haciéndonos vivir á su lado, es más á propósito para servir su causa en el mayor número de los entendimientos y corazones. De este modo quiere ponerse en relación con sus primeros discípulos, y nada mejor podríamos hacer nosotros que inspirarnos en su sabiduría. Por nuestra

1. LE CAXUS: *Vie de N.-S. Jésus-Christ*, prefacio de la segunda edición, p. xx-xvi.

2. *Ibid. op. cit.*, prefacio de la primera edición, p. xxx-xxxii.—Cf. FORTARD: *la Vie de N.-S. Jésus-Christ*, prefacio, p. xvii.

parte, experimentamos mucho provecho en unirnos así á sus pasos, en contemplar su rostro, recoger sus palabras, sondear su alma, vivir de su vida, y creemos que más fácilmente nos elevamos hacia el Dios, ayudándonos con el conocimiento profundo del hombre. ¿Por qué este mismo medio no les había de dar buen resultado á otros? Lícito es por lo menos esperarlo, y por esto lo hemos intentado.

El gran gozo de los videntes y místicos ha sido precisamente ver más de cerca y comunicarse más íntimamente con la humanidad del Salvador. Para Santa Brígida y Santa Catalina de Sena, para Santa Terésa y la venerable María de Ágreda, para Catalina Emmerich y tantos otros, El estaba allí vivo, no distante y entre la vaguedad de una fisonomía demasiado radiante para no ser indeterminada, sino muy cerca, con figura cada vez más detallada, con el suave resplandor que convenía á la visión perfecta.

La humanidad era para ellos esta *escala misteriosa* por donde se sube hasta la Divinidad: así la Magdalena, asida á los pies del Señor, aprendía los secretos de *la vida eterna, que es la ciencia del Dios único y de su enviado Jesucristo*¹.

La *Vida de Jesús*, de Landulfo Cartujano, es fruto de una misma contemplación, ó de una misma visión: el piadoso autor tiene ante sus ojos al Divino modelo y se ingenia por tomar sus rasgos y reproducirlos con toda la exactitud que un examen prolongado da de sí. Cristo está vivo en esas páginas y con vida intensa que desde luego trae á la memoria la palabra de San Juan: «Lo que nosotros hemos oído, lo que han visto nuestros ojos, lo que hemos examinado á nuestro sabor y palpado con nuestras manos acerca del Verbo de la vida, eso es lo que os atestigüamos y anunciamos, para que os unáis á nosotros y nuestra unión sea con el Padre y su Hijo Jesucristo»².

Tal debe ser el fin de una *Historia de Jesucristo*, unir los espíritus y los corazones en una misma fe y un mismo amor, cuyo fruto sea la unión con Dios. Pero el Apóstol no se contenta con indicar el fin, fija asimismo el método; decir lo que se ha visto, oído, tocado y examinado á satisfacción de un ser divino y humano á la vez, Verbo eterno en el seno del Padre, manifestado entre nosotros en carne y vida semejante á las nuestras, y decirlo como conviene, haciéndole visible y tangible para todos los que oirán hablar de él.

Durante mucho tiempo, no se ha seguido la lección de San

1 GENES., XXVIII, 12: «Viditque (Jacob) scilam sicutem super terram et caelum illius tangens caelum... et Dominum innoxim scalas...»

2 JOANN., XVII, 3: «Hic est vita aeterna ut cognoscant te, solum Deum verum, et quem misisti Jesum Christum...»

3 *Id.*, I, 13: «Quod audivimus, quod vidimus oculis nostris, quod perspeximus et manus nostrae contrectaverunt de Verbo vitae... testamur et annuntiamus...»

Juan, ni el ejemplo de Landulfo, cual si se tuviera miedo de disminuir la divinidad de Jesús aproximándonos á su humanidad. Hoy la reacción se opera en todas partes; se anhela, como el Apóstol Tomás, introducir la mano en las llagas del Salvador resucitado para tener el gozo de decirle: «¡Vos sois mi Señor y mi Dios!»

Nosotros hemos seguido el ejemplo de los que nos han precedido no ha mucho, sin pretender hacerlo mejor que ellos, pero con la esperanza de aumentar los buenos resultados que ellos obtuvieron. Es lo que les queda á los que llegan los últimos: en eso está también su honra, si tienen un poco de inteligencia, atención y destreza. De lo cual el lector puede juzgar con toda independencia, pero teniendo presente que el mismo Dios es indulgente con la buena voluntad¹.

Apéndice M.

BIBLIOGRAFÍA E ICONOGRAFÍA.

Este trabajo debiera tal vez haberse terminado con una tabla alfabética, en la cual el lector habría encontrado la nomenclatura de las obras de consulta sobre este asunto; pero nos ha parecido preferible reemplazar tal enumeración con algunas aclaraciones sobre las fuentes en que hemos bebido y el modo con que nos hemos aprovechado de los documentos. Con esto pagaremos nuestra deuda de gratitud á aquellos á quienes pertenece la mejor parte de la obra y, si Dios quiere, de su fruto.

Los comentaradores del Antiguo y Nuevo Testamento ocupan, naturalmente, el primer lugar, y entre ellos damos de justicia el preferente á los Padres y Doctores de la Iglesia. Ellos son los canales seguros de la tradición, y nadie puede pretender alcanzar la inteligencia suficiente de los textos sagrados, prescindiendo de las luces de aquéllos. Detrás de ellos vienen los comentaradores de segundo orden; y hemos consultado á cuantos hemos podido, antiguos y modernos, católicos y herejes, sobre el modo de entender los pasajes en que debíamos fijar nuestra atención². Los Padres y los Doctores van siempre citados en nota; no así los simples comentaristas, de los cuales hemos tomado nada más el pensamiento, revistiéndolo con fórmula más personal. En muchos casos, sin embargo, hemos cuidado de justificar nuestro parecer con el nombre del autor que nos lo ha inspirado. No era

1 *Lec.*, II, 14: «Pax hominibus bonae voluntatis...»

2 Hemos comprendido en la serie de los comentaristas á los autores de los *Diccionarios de la Biblia* y los de los *Manuales de Escritura Santa*, cuya importancia es más que ordinaria: Dom Calmet, Smith, Bible Lethiellens, Baczey y Vigouroux, etc.

para nosotros eso de ocultar la obra de otro con la desenvoltura con que lo hacen ciertos escritores¹, aun cuando no tomamos más que el sentido de aquellos cuyo concurso reclamamos, y mucho menos en el caso de tomarles el propio texto.

En el número de los comentaristas deben colocarse los redactores de ambos Talmudes, los escritores judíos que los han explotado y aquellos cuyos trabajos parecen ser su obligado corolario. En otra parte hemos dicho la poca estima que hacíamos de ese centón de documentos inconexos, contradictorios y las más veces extraños á la ciencia, á la moral y aun al buen sentido. Los esfuerzos de M. Mauricio Schwab no han modificado nada nuestra convicción, y hemos quedado conformes con el parecer de M. Alejandro Weyl, sin que participemos, no obstante, de su escepticismo burlón, lo cual no ha podido impedirnos sacar provecho de las noticias útiles y aun preciosas que se puedan tomar de una obra digna de esa Babel, cuyo nombre lleva una parte del Talmud². Por más que diga M. Schwab, hemos creído que debíamos atenernos á las lecciones dadas por escritores cristianos³ que han descubierto, traducido y comentado á los Rabinos cuando otra cosa no nos aconsejara una razón grave. Compréndese, por lo demás, que á los israelitas modernos no les gusta ver en su triste desnudez las pretendidas obras maestras de la escuela rabínica; pero eso no es para nosotros motivo de respetar los velos con que las quieren cubrir, y, sobre todo, de añadir otros nuevos. Por otra parte, nosotros hemos citado particularmente pasajes que no admiten contestación; y hemos puesto cuidado en no sacar á luz lo que pudiera excitar susceptibilidades. Los partidarios de la sinagoga no han vacilado á veces en lanzar las injurias más innobles á Jesús y á su Madre⁴; pero nosotros hemos pensado como la Víctima del Calvario, que *no saben lo que hacen*, y hemos pedido á Dios que les perdone.

Detrás de los comentaristas vienen los historiadores eclesiásticos y profanos, desde los tiempos del Mesías, comenzando por Suetonio, Tácito, Josepho y Filon, y acabando por los autores de los últimos estudios sobre los orígenes de la Iglesia. El campo es inmenso, la cosecha abundante, el provecho sin medida: aquí más que en cualquier otra parte es menester saber ceñirse, es decir, elegir entre los documentos para no utilizar si no los mejores. A primera vista eso parece una paradoja, y nosotros luchamos de frente con la preocupación tan extendida de que la historia aporta poca luz á la *Vida de Jesús*. Esa preocupación tiene

1 Algunos podríamos citar que se apropian el trabajo ajeno, hasta el punto de que la parte de ellos es imperceptible, aunque el libro lleva solo su nombre.

2 El *Talmud* de Babilonia.

3 Wagenseil, Lightfoot, Schreftgen, el autor de el *Apparatus Biblicus*, etc.

4 En el *Teludo Jeschu*, por ejemplo.

excusa si, como se hace con harta frecuencia, se aísla la persona y la vida del Salvador, en vez de ponerla en relación con los hombres y los sucesos contemporáneos ó próximos; pero no resiste al método razonable y leal, que consiste en tratar á la Iglesia y á su Fundador como á otra cualquiera sociedad ó persona. Entonces la claridad irradia por todas partes y brilla luz plena donde antes reinaba, según decían, la obscuridad.

Independientemente de los Hechos, las Epístolas y el Apocalipsis, que constituyen el poderoso y fecundo grupo de documentos históricos, tan respetable por la fecha de su redacción¹, como por su unidad y su concordancia con los Evangelios, los escritos contemporáneos nos suministran una serie de piezas justificativas que se completan con las obras de los primeros tiempos de libertad cristiana, testigos de la tradición en Oriente y Occidente. El conocimiento á que hemos llegado de los hechos, leyes y costumbres, permitiéndonos restablecer la figura de Jesús en el cuadro que le es natural, fija sus rasgos con exactitud perfecta, si es que queremos conceder al divino Maestro el derecho de presentarse á ser estudiado en las condiciones que se conceden á los personajes notables de su época. Aun tiene sobre ellos la ventaja de que resume las edades anteriores é imprime el sello propio á las que le siguen: es una encarnación de su pueblo considerado como hijo de David, y el padre de una raza nueva, si le consideramos como el fundador del cristianismo. Así, pues, todo lo que hay en la una y la otra generación, se encuentra en él como en su término ó en su punto de partida, de modo que resulta iluminado con la doble claridad del día que declina y del día que comienza. Todo le sirve en los escritores de los cuatro primeros siglos, y así se justifica lo que decíamos, hace poco, acerca de la abundancia de documentos relativos á su historia.

Nada causa tanta extrañeza como el silencio de ciertos historiadores modernos, tocante á Jesucristo: lo violento que es escribir una *Historia del pueblo de Israel* ó una *Historia de los Romanos*, sin dar lugar en ello á la Redención, desconcierta, no solamente á los creyentes, sino también á sus adversarios de buena fe. ¿A quién se le hará creer que la Judea no se conmovió profundamente por la predicación del Evangelio, ó que Roma no tomó en cuenta el movimiento que se produjo en su propio seno por el eco de esta predicación? Este silencio tiene aún más de pueril que de malicioso, causa risa más bien que indignación, y su primer resultado es rebajar al autor y á su obra en la estima de la gente de juicio. Tanto valdría borrar resultamente á Jesucristo de la Historia, como lo han pretendido ciertos soñá-

1 Los hechos son lo más probablemente del año 64: las cartas de San Pablo se escribieron del 51 al 68; el Apocalipsis el 94 ó 96; la primera carta de San Pedro hacia el 61; la de Santiago el 59; la de San Judas el 63.

dores, ó resolverse á litigar contra la divinidad, á ejemplo de los Salvador, los Baur y los Renan.

Pero volvamos á la exposición de nuestras investigaciones.

Las *Vidas de Jesucristo* debían ser naturalmente objeto de largas y atentas meditaciones: convenría, en efecto, apoyar el nuevo testimonio que queremos dar al divino Maestro, en los que debemos á los estudios de nuestros antepasados. Así nosotros concebimos confianza en nosotros mismos y podemos esperar que la infundiremos en nuestros lectores. Por esto no hemos descuidado nada de cuanto hay escrito de esta suerte, y bien podemos decir que en ello hemos encontrado tanto deleite como provecho. Nuestro siglo, en particular, ha merecido bien de Jesús por las *Vidas* de carácter diferente con que ha alimentado nuestra fe; y si hemos tenido que entristecernos más de lo que se puede expresar, por las blasfemias de la falsa ciencia, también hemos debido dar gracias á Dios de que ellas fueran ocasión de que se hayan escrito tantas obras excelentes desde diferentes puntos de vista.

Inútil sería enumerarlas: limitémonos á citar entre las más útiles y notables las del Dr. Sepps, Luis Veuillot, Mons. Dupanloup, el abate Fouard, el abate Le Camus, el cardenal Capecelatro, el arcediano anglicano Farrar y la que es última en la fecha mas no en el valor, escrita por nuestro amigo y hermano el Reverendo P. Didon, que sentimos no haber podido explotar para este nuestro trabajo¹.

El historiador de la Pasión debe consultar además los trabajos de diversas procedencias relativos á Jerusalén y la Palestina, históricos, arqueológicos, etnográficos, para formarle á la figura de Nuestro Señor ese cuadro rigurosamente exacto de que hemos hablado. La Geografía general de la Tierra Santa nos interesaba menos, pues todas las escenas de la Pasión se verificaron en Jerusalén y sus cercanías. Apenas tenemos que citar algunas localidades próximas, como Emmaus y Bethania, ó más apartadas, como Ephaim y Tiberiades. Con esto ganamos el evitarnos las discusiones relativas á los lugares cuya identificación es incierta; pero por lo mismo quedábamos tanto más obligados á la mayor precisión en las indicaciones sobre la Ciudad Santa y sus contornos². Esto es lo que ha motivado las disertaciones sobre el Jardín de Gethsemani, la *Grua de la Agonía*, la *Antonia* y el *Santo Sepulcro* por no hablar sino de los más importantes; el estudio sobre el *Sanhedrin*, el que tiene por ob-

¹ Nuestro libro estaba en poder del editor cuando apareció el del P. Didon.

² Hemos esquivado la discusión relativa á Emmaüs, porque no entraba en nuestro plan. Cuanto al Efratim de S. Juan (XI, 54), hemos seguido la opinión de Chevalier (*Récits évangéliques*, p. 372), en razón del mismo texto sagrado: "In regione juxta desertum... El Efrém de Robinson y el Taesiyh de nuestros días no vecino del desierto.

jeto la *cruz* y la *crucifixión*, son hijos de la misma necesidad. Así hemos podido completar ciertas indicaciones, rectificar otras y preparar la solución de dificultades que persisten. No pretendemos haber dicho la última palabra sobre las cuestiones que hemos tratado de resolver, pero nadie puede extrañar que abriguemos la persuasión de habernos aproximado á la meta y á veces de haberla tocado. Si en todas las circunstancias sienta bien la humildad, tal vez no está tampoco prohibido creer que se ha logrado el objeto, cuando lo persuaden buenas razones y se guarda uno de exagerarlo.

La mayor parte de las noticias aprovechadas desde este punto de vista, nos las han proporcionado los peregrinos de Tierra Santa que escribieron el relato de su viaje, desde el autor del *Itinerario de Burdeos á Jerusalén* en el siglo IV, hasta el hermano Lievin, el guía infatigable de los modernos viajeros. Larga es la lista, y en este montón de escritos, más ó menos voluminosos, hay muchos que nada valen juntos con documentos del más vivo interés y de la mayor importancia: no es pequeña empresa hacer la elección y coordinar los extractos.

Apenas hay necesidad de decirlo; el mayor número de estos *Itinerarios*, *Impresiones*, *Recuerdos*, *Notas*, etc., hay que echarlos al cesto por no tener nada que ver con la historia: la satisfacción que sus autores se dieron á sí mismos y á sus amigos, publicando lo que se les antojaba, no se parece á la que nosotros buscamos. Pero queda considerable número de trabajos excelentes sobre los Santos Lugares, que deben tenerse en cuenta, y si posible es, leerse y releerse alrededor del Calvario y del Santo Sepulcro.

Como el lector lo habrá visto, hemos explotado mucho este filón: nuestras citas, sin embargo, no dan idea exacta de lo que hemos tomado de los grandes *peregrinos de Palestina*¹, con los cuales hemos hecho lo mismo que con los comentaristas. Cuando tomamos las expresiones textuales de alguno de ellos, debíamos advertírselo al lector; mas no nos parecía necesario hacer otro tanto cuando nos asimilábamos el pensamiento, dándole otra forma más en relación con el gusto de estos tiempos ó el aire de nuestro trabajo.

El exceso de notas fatiga la vista y el ánimo: en la erudición más que en otra cualquier cosa se necesita la sobriedad. Como lo hemos dicho más arriba², se echa de ver actualmente una reacción contra las tradiciones relativas á los Santos Lugares, y más particularmente en Jerusalén, donde trabajos de explora-

¹ Queremos decir aquellos viajeros que nos han dejado los más importantes trabajos: Santa Silvia, Arculf, Söwulf, Quaresmius, el barón de Anglure, Fabri, Rochetta, Chateaubriand, V. Guérin, etc.

² Véase Apéndice A.

ción, pacienzudos, hábiles y muchas veces coronados de éxito, parece han puesto en duda lo que desde antiguo se aceptaba.

Era muy de desear esta revisión, y nosotros aplaudiríamos á sus autores, aun cuando no fueran colaboradores nuestros: el cuidado de la verdad debe anteponerse á cualquier otro, cuando se trata de honrar los vestigios de Nuestro Señor, y nosotros sentiríamos aquí, más que en ninguna otra parte, dirigir equivocadamente nuestros homenajes.

En el curso de los siglos muchas identificaciones se han hecho de buena fe las más veces, y acaso sin bastante convicción ó por razones múltiples en que la ciencia no entraba para nada. Un libro sería menester escribir para explicar cómo nacieron y se acreditaron esos errores, á lo menos por cierto tiempo: no tenemos tiempo, ni ganas de investigarlo, y, por otra parte, el lector hallaría en ello poco interés. Le bastará con saber que entre los católicos el número de esas afirmaciones dudosas ha disminuido, á medida que la Palestina ha sido más estudiada y mejor conocida. Menester es decirlo; de católicos y no de heterodoxos ó racionalistas es la honra de los trabajos que más han ilustrado la historia de los Santos Lugares¹; no desestime mos la parte de los demás, pero sepamos defender la nuestra.

De todos modos, deben de quedar no pocas identificaciones discutibles, según todos confiesan, y es bueno trabajar para sustituir, donde quiera que sea posible, la verdad al error. Sin embargo, ¿no es de temer que este celo pueda conducir á otro extremo, como sucede en la mayor parte de las naciones? Algunas veces hemos pensado en esto y hemos dado la prueba al demostrar la autenticidad de la *Gruta de la Agonia*.

Deseamos, pues, que los sabios exploradores de las ruinas de Palestina, vayan animados de un espíritu de prudencia y moderación, igual al de iniciativa y de perseverancia que se ve en ellos: destruirán, según creemos, algunas tradiciones, pero confirmarán muchas más y mostrarán una vez más que nuestros antepasados no daban sin razón su asentimiento á lo que se les decía.

El lector querrá saber quizá, qué regla hemos seguido en las citas ó en poner notas. Héla aquí.

Cuanto á los textos del Antiguo ó del Nuevo Testamento, de ordinario los hemos puesto íntegros por evitar al lector el trabajo de recurrir al libro citado; alguna que otra vez hemos señalado solamente el capítulo y el verso, porque se trataba de una simple

1. Citamos solamente los trabajos modernos de MM. de SAULCY, FIEBROTH, DE VOGÜÉ, GUÉLIN, CLERMONT-CANNEAU, FR. LÉVIN, etc. Sin embargo, es justo reconocerlo; los protestantes nos han hecho bastantes servicios, y debemos sentir vivamente no tener entre nosotros uno que equivalga al *Palestine exploration found.*

indicación ó porque la cita completa habría tenido proporciones excesivas. Cuando una expresión ó un miembro de una frase parecía tener particular importancia, lo hemos subrayado para llamar la atención.

Hemos creído necesario acompañar nuestro trabajo con algunos dibujos para hacerlo más claro y agradable, sin pensar, no obstante, en que saliera propiamente ilustrado, como dicen. Debemos explicar ésto al lector, y bastarán algunas pocas palabras.

Al frente de la obra se ve un plano de Jerusalén en el año 34 de Jesucristo: este plano, dirigido por el mismo autor, es una obra sencilla, cuyo único mérito está quizá en su sencillez, merced á la cual el lector ve sin trabajo la posición respectiva de los cuarteles y monumentos. Las curvas de nivel trazadas á la ligera por un delineante de profesión¹, son tan raras como ha sido posible, para no perjudicar á la claridad que es lo que nos preocupaba sobre todo. En suma, nuestro plano vale tanto como cualquiera de los demás, sin tener sus pretensiones.

Van cuatro dibujos grandes fuera del texto: el arco del *Ecce Homo*, la calle de la *Amargura*, Cristo en la cruz, y lo interior del Santo Sepulcro. Los dos primeros son reproducción de fotografías²; los otros dos se han grabado con arreglo á dibujos de mucho valor, como se puede conocer.

Dos *restituciones* colocadas una al frente del libro primero y otra á la cabeza del cuarto, llamarán sin duda la atención de los inteligentes: *Jerusalén en el año 34 y la Torre Antonia*. La primera, de pequeñas dimensiones, se inspira en el trabajo de M. Schick, sabio alemán, que se ha hecho conocer de los eruditos por su curiosa restauración del Moriah y del Templo: no hemos aceptado sus ideas sobre la configuración del Hiéron y de la Antonia; pero en todo lo demás le hemos seguido tan de cerca como hemos podido, dejando subsistir en nuestro dibujo la junta del muro de Agrippa al Este y Oeste, para que el lector se de cuenta del engrandecimiento comenzado hacia el año 40 de nuestra era. Es deber nuestro dar aquí las gracias á M. Schick por la bondad con que se puso á nuestra disposición en Jerusalén, abriéndonos su casa, sus carteras y su memoria, llena de los más interesantes recuerdos. En el Apéndice C hemos reproducido un corte muy curioso de los terrenos, en las cercanías de la Antonia, del cual también le debemos que nos lo haya comunicado.

La segunda *restitución*, de dimensiones más considerables, es la de la torre Antonia, según Joséfo, leído y comentado por nosotros en los mismos lugares en compañía del Rdo. P. Lagran-

1 M. Muller, artista inteligente y de conciencia, que ha tenido á bien llevar á la perfección nuestro croquis, conservándole su sencillez primitiva.

2 Ó más bien dibujos en vista de fotografías.

ge, profesor en nuestra Escuela dominicana de San Esteban¹. Para hacer más inteligible la descripción contenida en el cap. 1 del libro IV, hemos hecho suprimir todo lo que hubiera impedido que se viera bien la fachada del Foro y el arco del *Ecce Homo*. Merced á la perfecta limpieza del dibujo, el lector reconocerá fácilmente los tres arcos de la entrada, el pretorio, la escala santa conduciendo á la galería por donde se pasaba al corredor, lo macizo de la fortaleza y la habitación del Procurador.

Un pequeño plano de la torre, para el cual debemos reclamar indulgencia, se ha unido al Apéndice: se ha completado con un fragmento tomado del plano de Jerusalén que ordenó el P. Odilon Wolff, religioso benedictino austriaco, que manifiesta bastante bien cómo la muralla de los Asmoneos se unía á la Antonia².

Los otros dibujos que adornan la obra se dividen en dos series; los que encabezan los libros, y los que van en los documentos unidos á los Apéndices.

1 Cerca de la puerta de Damasco, sobre el solar de la basílica de Endoxia.

2 Véase *Der Tempel von Jerusalem*, Gratz, 1887.

FIN.

ÍNDICE

	Páginas
AL QUE LEYERE.....	IX
INTRODUCCIÓN.....	XI
LIBRO PRIMERO.—EN JERUSALÉN	
CAPÍTULO I.—Jerusalén en el año 34 de Jesucristo.....	1
— II.—Jesús excomulgado por el Sanhedrin.....	19
— III.—La última Pascua de Jesús.....	39
LIBRO II.—EN GETHSEMANÍ	
CAPÍTULO I.—El huerto de las Olivas.....	37
— II.—Agonia de Nuestro Señor Jesucristo.....	75
— III.—Prisión de Jesús en Gethsemani.....	94
LIBRO III.—EN EL MONTE SIÓN	
CAPÍTULO I.—Anás y Caifás.—Los Saduceos y los Fariseos.....	114
— II.—El Sanhedrin.....	129
— III.—Anás interroga á Jesús.....	146
— IV.—La negación de San Pedro.....	159
— V.—Los dos juicios del Sanhedrin.....	173
— VI.—Judas.....	189
LIBRO IV.—EN LA ANTONIA	
CAPÍTULO I.—Pilatos y el pretorio.....	207
— II.—Primera entrevista con Pilatos.....	223
— III.—Jesús en casa de Herodes.....	238
— IV.—Jesús es vuelto á casa de Pilatos.....	254
— V.—Barrabás y la turba.....	267
— VI.—La flagelación y la coronación de espinas.....	280
— VII.—Jesús condenado á muerte.....	298